

KEITH LAUMER  
**MUNDOS DE IMPERIO**

SUPER  
FICCIÓN



Usted va andando por la calle, recibe un golpe en la cabeza, es introducido en una furgoneta celular y despierta... en una realidad diferente, en un mundo semejante al que conoce, pero cuyos datos han sido sutilmente modificados. Seguidamente sus raptores le ordenan que asesine a un tirano repugnante y encabece una revolución. Con un pequeño detalle: el odiado dictador es el sosias, el doble perfecto de usted mismo, y no sale jamás de su palacio por temor al «cariño» de sus subditos.

La evasión a una vida diferente de la rutina cotidiana, donde poder amar y odiar y jugar un papel importante, es la esencia misma del tema de los «mundos paralelos». **KEITH LAUMER**, escritor con mucho oficio, asiduo de las páginas de IF y GALAXY, combina en estas páginas la especulación científica con el suspense de la novela de espionaje y acción. Recomendable para los amantes de las emociones fuertes.

## 1

Me detuve frente a una tienda, en la que había un pequeño cartel de madera colgado de un arpón de hierro forjado que sobresalía de la desgastada pared de piedra. En él se leía la palabra Antikvariat escrita en delgadas letras doradas contra la opaca superficie negra. El cartel crujía al balancearse bajo el viento nocturno. Debajo, una reja de metal cubría un polvoriento escaparate en el que se exhibían aguafuertes amarillentos, grabados en madera, litografías y un grabado mediatinta. Algunos de los edificios representados me resultaban conocidos, aunque se encontraban en campo abierto o sobre colinas que daban a un puerto abarrotado de veleros. Las mujeres de las láminas llevaban grandes faldas acampanadas, papalinas con cintas y minúsculas sombrillas. Al fondo, caballos de primos rosas patas hacían cabriolas delante de unos carruajes.

Sin embargo, no eran los grabados lo que suscitaba mi interés, ni siquiera el pesado marco dorado que rodeaba un empañado espejo en uno de los lados, sino el hombre cuya figura estudiaba en el vidrio amarillento: un hombre moreno que usaba una trinchera gris ceñida en la cintura, quince centímetros más larga que la correspondiente a su talla. Permanecía con las manos profundamente hundidas en los bolsillos y tenía la vista fija en una ventana oscura, a unos quince metros de distancia de donde yo me encontraba.

Me había estado siguiendo durante todo el día.

Al principio pensé que se trataba de una coincidencia, cuando noté su presencia en el autobús de Bromma, luego

leyendo los anuncios teatrales del vestíbulo del hotel en el que me alojé, y media hora después sentado a tres mesas de distancia de la mía, bebiendo café mientras yo ingería una copiosa cena.

Había descartado la hipótesis de una coincidencia desde hacía un buen rato. Después de cinco horas seguía conmigo mientras yo atravesaba la ciudad antigua, la Estocolmo medieval conservada como una isla en medio de la ciudad. Yo había pasado junto a unos desordenados escaparates atestados de potes de cobre, ornamentos de plata, pistolas de duelo y enmohecidos sables de caballería; todos los objetos se veían extraños bajo el sol del crepúsculo, casi como macabros restos de un día de cruda violencia, después de medianoche. Por encima del eco de mis pasos en las silenciosas y estrechas callejuelas se oían los de mi seguidor, apresurándose cuando yo lo hacía, deteniéndose si yo interrumpía mis pasos. Ahora el hombre tenía la vista fija en la ventana oscura y esperaba. Me correspondía el próximo movimiento.

Estaba perdido. Veinte años son muchos para recordar las sinuosas vueltas y recodos de la vieja ciudad. Extraje mi guía del bolsillo y abrí el plano. Sentía los dedos torpes.

Estiré el cuello para leer la inscripción de la lápida de una esquina del edificio, apenas legible: Master Samuelsgatan. Busqué el nombre en el plano y vi que se extendía durante tres breves travesías y desembocaba en Gamla Storgatan: un callejón sin salida. Bajo la tenue luz era difícil ver los detalles en el mapa. Arrollé la guía y vi más claramente; parecía haber otra minúscula callejuela, marcada con líneas transversales, llamada Guldsmedstrappan.

Traté de recordar mis conocimientos del sueco; trappan significaba escalera. Entonces se trataba de las Escaleras del Orfebre, que corrían desde Master Samuelsgatan hasta Hundgatan, otra calle diminuta. Esto parecía conducir a la zona iluminada cercana al palacio: parecía mi única salida. Volví a guardar la guía en el bolsillo y avancé con indiferen-

cia hacia las escaleras. Abrigué la esperanza de que la entrada no tuviera portal.

Mi sombra aguardó un momento y me siguió. Lentamente fui ganando terreno. Él no parecía tener prisa. Pasé frente a otras tiendas pequeñas, con puertas de hierro y desgastados umbrales de piedra; luego vi la siguiente entrada, como un arco abierto, con confusos peldaños de granito que ascendían abruptamente. Me detuve como por descuido y giré. Una vez que estuve al otro lado del portal, salté los escalones a toda velocidad. Seis saltos, ocho, y llegué ala parte superior, donde giré a la izquierda, hacia una entrada profunda. Existía la posibilidad de que hubiera llegado arriba antes de que el hombre moreno hubiese alcanzado el pie de las escaleras. Me detuve y presté atención. Oí un arrastrar de pies y su pesada respiración al pie de las escaleras, a pocos metros de distancia. Aguardé, respirando con la boca abierta, tratando de no jadear audiblemente. Un instante después las pisadas se alejaron. El movimiento correcto de mi silencioso acompañante consistiría en buscar mi escondite, en el supuesto de que yo me habría ocultado en las cercanías. Pronto volvería.

Me arriesgué a echar un vistazo. Ahora avanzaba rápidamente y observaba atentamente a su alrededor, de espaldas a mí. Sin pensarlo dos veces, me quité los zapatos y salí. Con sólo tres pasos llegué a la escalera, pero cuando el hombre desaparecía de la vista se detuvo para volverse. Bajé los peldaños de tres en tres, y estaba a mitad de camino cuando uno de mis pies chocó contra una piedra suelta: volé el resto del camino.

Primero di con el hombro y luego con la cabeza contra los guijarros. Rodé y logré levantarme con dificultad. Mi cabeza retumbaba. Me aferré a la pared del pie de la escalera cuando comenzó el dolor. Estaba a punto de enloquecer. Oí las suaves pisadas que bajaban los peldaños y me preparé para saltar sobre él cuando apareciera. Los pasos vacilaron exactamente antes de la arcada, y de inmediato vi

que asomaba la oscura cabeza redonda de pelo sin cortar. Lancé un violento puñetazo... y fallé.

Mi perseguidor se precipitó a la calle y giró, palpando su abrigo. Supuse que intentaba coger un arma y lancé una patada a su cuerpo. Esta vez tuve más suerte: golpeé sólidamente y tuve la satisfacción de oírle resollar agónicamente. Abrigué la esperanza de que sintiera tanto dolor como yo. Fuera lo que fuese lo que buscaba en el abrigo, en ese momento lo encontró; retrocedió, con el objeto en la boca.

—Uno-cero-nueve, ¿dónde demonios estás? —dijo con voz dura, sin dejar de mirarme—. Su acento era extraño. —Me di cuenta de que lo que tenía en la boca era una especie de micrófono—. Vamos, uno-cero-nueve, este asunto se está malogrando...

Retrocedió y siguió hablando, sin quitarme la vista de encima. Me apoyé en la pared. Sentí demasiado dolor para mostrarme muy agresivo. No había nadie cerca. Sus zapatos livianos susurraban sobre el pavimento. Los míos estaban en medio de la calle, donde habían quedado al caer.

Oí un sonido a mis espaldas. Me volví rápidamente y vi que la estrecha callejuela estaba casi bloqueada por una enorme furgoneta. Respiré aliviado: alguien me auxiliaría.

Dos hombres saltaron de la furgoneta y se acercaron a mí sin vacilar, me cogieron de los brazos y me escoltaron hasta la parte trasera del vehículo. Llevaban ceñidos uniformes blancos y no pronunciaron una sola palabra.

—Estoy bien —les dije—. Atrapen a ese hombre.

En ese preciso momento me di cuenta de que aquél venía detrás y hablaba nerviosamente con el hombre de blanco, y que las manos que aferraban mis brazos eran más de sujeción que de sostén. Me apoyé en los talones e intenté liberarme. De pronto había recordado que la policía de Estocolmo no usa uniforme blanco.

Poco importaba. Uno de ellos extrajo de su cinturón algo semejante a un pulverizador y me roció la cara. Sentí que me desmayaba.

## 2

Había un crujido que me irritaba. Traté de descifrarlo, sin éxito, entre un par de sueños antes de que mi subconsciente se abandonara. Estaba tendido de espaldas, con los ojos cerrados. Ignoraba dónde me encontraba. Recordé un sueño aterrador en el que me seguían, y a continuación, a medida que tomé conciencia del dolor en el hombro y en la cabeza, abrí los ojos. Estaba acostado en un catre, al lado de un pequeño despacho; el crujido provenía del escritorio donde un hombre pulcro, de uniforme blanco, escribía. Oí un zumbido y movimientos.

Me incorporé. El hombre que estaba detrás del escritorio elevó la mirada, se levantó y vino hacia mí. Acercó una silla y se sentó.

—Por favor, no se alarme —dijo con entrecortado acento británico—. Soy el capitán Winter. Basta con que me proporcione alguna información de rutina y luego se le asignará un alojamiento confortable. —Pronunció estas palabras con tono inexpresivo, como si estuviera acostumbrado a ello; luego me miró directamente por primera vez—. Debo disculparme por la dureza con que ha sido tratado; le aseguro que no era mi intención. —Su tono cambió—. No obstante, le pido disculpas por el operador: no estaba bien informado.

El capitán Winter abrió una libreta y se recostó contra el respaldo de la silla, con el lápiz en alto:

—¿Dónde nació, señor Bayard?

Pensé que habían registrado mis bolsillos, ya que sabían cómo me llamaba.

—¿Quién demonios es usted? —inquirí.

El capitán enarcó las cejas. Su uniforme estaba immaculado y en su pecho relucían brillantes condecoraciones enjovadas.

—Naturalmente, ahora está confundido señor Bayard, pero todo le será cuidadosamente explicado en su debido momento. Soy un oficial del Imperio, debidamente autorizado para interrogar a los sujetos detenidos —sonrió con dulzura—. Ahora le ruego que me diga dónde nació.

No respondí. No tenía ganas de responder a ninguna pregunta: primero tenía muchas que plantear. No logré identificar el acento de mi interlocutor. Era inglés, de acuerdo, pero no podía decidir a qué región de Inglaterra pertenecía. Observé sus medallas. La mayoría de ellas me parecieron extrañas, pero reconocí la cinta escarlata de la Cruz de la Victoria, con tres palmas y adornada con gemas. Había algo sumamente falso en el capitán Winter.

—Vamos, amigo —dijo Winter, con tono animado—. Coopere voluntariamente. Eso ahorrará muchos disgustos.

Fijé la vista en él, molesto:

—He sido perseguido, capturado, rociado, arrojado a una celda e interrogado sobre mi vida de una manera suficientemente desagradable, de modo que no se moleste en tratar de mantener esta conversación en un nivel educado. No responderé a ninguna pregunta. —Metí la mano en el bolsillo en busca de mi pasaporte: no estaba allí—. Teniendo en cuenta que me han robado el pasaporte, ya sabe que soy un diplomático norteamericano y que gozo de inmunidad diplomática ante cualquier forma de arresto, detención, interrogatorio o lo que sea. De modo que me marcharé en cuanto me devuelvan mis pertenencias, incluyendo los zapatos.

El rostro de Winter se endureció. Comprendí que no le había impresionado demasiado. Hizo una señal y aparecieron dos tipos a los que no había visto. Eran más corpulentos que él.

—Señor Bayard, debe responder a mis preguntas, y, si es necesario, bajo coacción. Le ruego que empiece por informarme sobre su lugar de nacimiento.

—Puede leerlo en mi pasaporte —repliqué.

Miré a los dos hombres de refuerzo: eran tan fáciles de ignorar como un par de excavadoras en la sala de estar. Decidí cambiar de táctica. Representaría mi papel a la espera de que se alejaran, y entonces trataría de escapar.

Ante otra indicación, uno de los hombres alcanzó a Winter mi pasaporte, que estaba sobre su escritorio. El capitán lo hojeó, tomó una serie de notas y me lo devolvió.

—Muchas gracias, señor Bayard —su tono era cordial—. Ahora pasemos a los detalles. ¿Dónde estudió?

Traté de darle la impresión de que estaba ansioso por complacerle. Lamenté mi aspereza previa, lo que volvía menos plausible mi actual actitud de cooperación. Sin embargo, Winter debía estar acostumbrado a su trabajo y a sujetos abyectos. Minutos después levantó un brazo en dirección a los dos forzudos, que abandonaron la estancia en silencio.

Winter había pasado al tema de las relaciones internacionales y la geopolítica, y parecía fascinado ante mis vulgares respuestas. Una o dos veces intenté preguntar por qué era necesario interrogarme rigurosamente en cuestiones de carácter general, pero con firmeza me llevó a responder a sus preguntas.

Cubrió en profundidad la geografía y la historia recientes, poniendo gran atención en el período 1879-1910. Después se dedicó a una lista biográfica: todo cuanto supiera, nombre tras nombre. Nunca había oído hablar de la mayoría de ellos y unos pocos eran figuras públicas de importancia menor. Me interrogó en detalle sobre dos italianos, Cocino y Maxoni. No podía creer que jamás los hubiera oído nombrar. Pareció fascinado por muchas de mis respuestas.

—¿Niven un actor? —repetió, incrédulo—. ¿Nunca ha oído hablar de Crane Talbot?

Cuando describí el rol desempeñado por Churchill en los acontecimientos recientes, lanzó una estruendosa carcajada.

Después de cuarenta minutos de desigual discusión, sonó débilmente un zumbador y entró otro hombre uniformado, que dejó una caja de tamaño considerable en una esquina del escritorio y se retiró. Winter ignoró la interrupción.

Se sucedieron otros veinte minutos de interrogatorio. ¿Quién era el actual monarca de Anglo-Alemania? ¿Cómo estaba compuesta la familia real? ¿Qué edad tenían los hijos? Agoté mis conocimientos sobre el tema. ¿Cuál era la posición del virreinato de la India? ¿Cómo funcionaban los convenios de dominio de Australia, América del Norte, Cbotsland...? Quedé atónito ante las preguntas: su autor debía de estar loco. Resultaba casi imposible hacer coincidir con la realidad sus falsas referencias a subdivisiones políticas e instituciones inexistentes. Respondí lo más ambiguamente posible. Al menos Winter no pareció demasiado perturbado por mi revisión de su distorsionada versión de los acontecimientos.

Por fin Winter se levantó, se acercó a su escritorio y me señaló una silla a su lado. Mientras corría la silla, eché una mirada a la caja que estaba sobre el escritorio. Dentro vi revistas, ropa doblada, monedas... la culata de una automática que sobresalía debajo de un ejemplar del Almanaque Mundial. Winter estaba de espaldas, revisando un pequeño armario detrás de su escritorio. Mi mano voló, cogió la pistola y la dejó caer en mi bolsillo mientras tomaba asiento. Winter giró, con una botella de vidrio azul en la mano.

—Ahora echemos un trago e intentaré aclarar, al menos en parte, su justificada confusión, señor Bayard. —Sonrió afablemente—. ¿Qué le interesa saber?

Ignoré la botella.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—En la ciudad de Estocolmo, Suecia.

—Tengo la sensación de que estamos en movimiento. ¿Qué es esto? ¿Una camioneta móvil con despacho incluido?

—Esto es un vehículo, aunque no una camioneta móvil.

—¿Por qué me capturaron?

—Lamento no poder decirle más, excepto que lo hemos traído cumpliendo órdenes específicas de un oficial de muy alto rango del Servicio Imperial. —Me observó especulativamente, y agregó—: Esto es algo insólito.

—Por lo que entiendo, raptar a personas inofensivas no es, en sí mismo, insólito.

Winter frunció el ceño:

—Usted es el sujeto de una operación de la Inteligencia Imperial. Tenga la plena seguridad de que no le estamos persiguiendo.

—¿Qué es Inteligencia Imperial?

—Señor Bayard —intervino Winter seriamente, inclinándose hacia delante—, es preciso que se enfrente a una serie de realidades. La primera de ellas consiste en que los gobiernos a los que usted acostumbra a considerar como potencias soberanas supremas deben considerarse, de hecho, tributarios del Imperio, del Gobierno Supremo, a cuyo servicio actúo en calidad de oficial.

—Usted es un impostor —repliqué.

Winter se erizó.

—Estoy a cargo de una Comisión con grado de capitán de Inteligencia.

—¿Qué nombre da a este vehículo en el que nos encontramos?

—Se trata de un explorador TNL de reconocimiento, con base en Estocolmo Cero Cero.

—Eso no me dice nada. ¿Qué es? ¿Una embarcación, un automóvil, un aeroplano...?

—Nada de eso, señor Bayard.

—Bien, seré más concreto. ¿Avanza sobre agua, sobre aire...?

Winter vaciló:

—Sinceramente, lo ignoro.

Comprendí que había llegado el momento de intentar un nuevo ángulo de ataque:

—¿Adónde nos dirigimos?

—En este momento operamos a lo largo de las coordenadas cero-cero-cero, cero, cero-seis, cero-noventa y dos.

—¿Cuál es nuestro destino? ¿Qué lugar?

—Estocolmo Cero Cero, después de lo cual probablemente será trasladado a Londres Cero Cero para continuar el procedimiento.

—¿Qué significa eso de Cero? ¿Se refiere a Londres, Inglaterra?

—El Londres a que usted se refiere es Londres M-I Tres.

—¿Cuál es la diferencia?

—Londres Cero Cero es la capital del Imperio y abarca la porción mayor del mundo civilizado: Europa del Norte, el Hemisferio Occidental y Australia.

Cambié de tema:

—¿Por qué razón me raptaron?

—Por lo que sé, para un interrogatorio de rutina.

—¿Tienen intención de liberarme?

—Sí.

—¿En mi país?

—No.

—¿Dónde?

—No estoy en condiciones de decírselo, pero será en uno de los diversos puntos de concentración.

—Una última pregunta —dije mientras sacaba la automática del bolsillo y le apuntaba a la tercera medalla contando desde la izquierda—. ¿Sabe qué es esto? Mantenga las manos a la vista; será mejor que se levante y se quede ahí de pie.

Winter se levantó y se dirigió al lugar indicado. Nunca había apuntado con una pistola a nadie, pero no sentí la menor vacilación.

—Cuéntemelo todo —exigí.

—He respondido a todas sus preguntas —dijo Winter, nervioso.

—Y no me dijo nada. —Winter me clavó la mirada. Quité el seguro con un chasquido—. Tiene cinco segundos para empezar. Uno... dos...

—Muy bien —accedió Winter—. Todo esto no es necesario. Lo intentaré —titubeó—. Usted fue seleccionado por la superioridad. Tuvimos grandes problemas para conseguirle a usted en particular. Como ya dije, esto es bastante irregular. No obstante —Winter pareció entusiasmarse con el tema—, todos los muestreos de esta región han estado sumamente restringidos en el pasado. Como sabrá, su continuum ocupa una isla, una entre muy pocas líneas aisladas de una vasta región manchada. La totalidad de la configuración es anormal, y un área sumamente peligrosa para maniobrar. Perdimos muchos hombres valiosos antes de aprender a manejar los problemas involucrados.

—Supongo que sabe que todo cuanto dice carece de sentido para mí —intervine—. ¿A qué se refiere cuando dice muestreo?

—¿Le molesta que fume? —preguntó Winter: cogí un largo cigarrillo de una caja del escritorio, lo encendí y se lo alcancé—. Por muestreo nos referimos a la colección de individuos o artefactos provenientes de líneas representativas M-I. —Exhaló el humo—. En Inteligencia, ahora nos ocupamos de operaciones de trazado. Es una tarea fascinante, amigo: escoger las líneas de rumbo, coordinar los descubrimientos con el trabajo teórico, desarrollar los ingenios de calibración adecuados, los instrumentos, y así sucesivamente. Estamos comenzando a descubrir las potencialidades de operar en la Red. A fin de reunir el máximo de información en el menor tiempo, hemos encontrado que es útil prender a individuos para interrogarlos. De esta forma obtenemos rápidamente un cuadro general de la configuración de la Red en varias direcciones. En su caso particular me orienta-

ron, bajo instrucciones selladas, a penetrar en la Mancha, proceder hasta la Mancha Insular Tres y tomar en custodia al señor Brion Bayard, un diplomático que representa, precisamente, una república americana. —Winter hablaba ahora con entusiasmo. Cuando se relajaba parecía más joven—. Fue un verdadero triunfo, amigo, que me seleccionaran para dirigir toda operación en la Mancha, operación que ha resultado fascinante. En el pasado, naturalmente, siempre había operado a tal distancia del Imperio que existía muy poca o ninguna analogía. ¡Pero M-I Tres! Es prácticamente el Imperio, con la variante suficiente para inspirar la imaginación. Aunque dos líneas son muy cercanas, hay un desierto de Mancha alrededor y entre ellas que indica lo terriblemente cerca del borde que hemos estado en el pasado.

—Suficiente, Winter, ya he oído bastante. Probablemente usted no es más que un chiflado inofensivo. Ahora me iré.

—Eso es completamente imposible —me advirtió Winter—. Estamos en medio de la Mancha.

—¿Qué es la Mancha? —inquirí.

Hice la pregunta para ganar tiempo mientras miraba a mi alrededor, tratando de decidir cuál era la mejor puerta para escapar. Había tres. Escogí aquella por la que todavía no había entrado nadie. Avancé hacia ella.

—La Mancha es una región de total desolación, radiación y caos —estaba diciendo Winter—. Hay extensiones totales de líneas A, donde el planeta propiamente dicho ya no existe, en las que cámaras automáticas sólo han registrado un amplio anillo de escombros en órbita; también están los mundos de ceniza y, de tanto en tanto, los tétricos grupos de junglas cancerosas rebosantes de mutaciones emponzoñadas de radiación. Es espantoso, amigo. Puede usted apuntarme la pistola toda la noche, pero no conseguirá nada. Dentro de pocas horas llegaremos a Cero Cero. Le conviene descansar hasta entonces.

Probé el pomo de la puerta. Estaba trabada.

—¿Dónde está la llave? —pregunté.

—No hay llave. La puerta se abrirá automáticamente en la base.

Me acerqué a una de las otras dos, aquella que había atravesado el hombre con la caja. La abrí de golpe y me asomé. El zumbido aumentó de volumen y a través de un pasillo corto y estrecho vi algo que parecía ser el compartimento de un piloto. Aparecía visible la espalda de un hombre.

—Vamos, Winter —ordené—. Vaya delante.

—No sea tan imbécil, amigo.

Winter parecía irritado y se volvió en dirección al escritorio. Levanté la pistola: el disparo resonó en las paredes de la estancia. Winter dio un salto desde el escritorio, sosteniéndose la mano desgarrada. Giró hacia mí y vi que por primera vez parecía realmente asustado.

—¡Usted está loco! —gritó—. Ya le he dicho que estamos en medio de la Mancha.

Yo vigilaba con un ojo al hombre del extremo del pasillo, que miraba por encima de su hombro mientras hacía algo con la otra mano, frenéticamente.

—Está ensuciando de sangre esa hermosa alfombra —observé—. Al próximo disparo le mataré. Detenga esta máquina.

Winter estaba pálido; tragó saliva convulsivamente:

—Le juro, señor Bayard, que eso es absolutamente imposible. Prefiero que me mate. Usted no tiene la menor idea de lo que me está sugiriendo.

Comprendí que estaba en las manos de un lunático peligroso, y le creí cuando afirmó que prefería morir antes que detener aquel autobús... o lo que fuera. A pesar de mi amenaza no me sentía capaz de matarle a sangre fría. Giré, di tres pasos por el pasillo y apoyé la automática en la espalda que asomaba.

—Desconecte —ordené.